



GLOBAL
RHEUMATOLOGY

BY PANLAR

E-ISSN: 2709-5533
Vol 2 / Jan - Jun [2021]
globalrheumpanlar.org

C O L U M N A

Fake covid news

Fake covid news

Fake Covid news

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e147>

Date received: January 10/ 2021
Date acceptance: January 28 / 2021
Date published: February 2/ 2021

Cite as: Palacios A. Fake covid news. Global Rheumatology. Vol 2 / Ene - Jun [2021]. Available from: <https://doi.org/10.46856/grp.22.e147>



COLUMNA

Fake covid news

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palabras Clave: COVID-19, VACUNA

"Una vacuna llega por la frontera, un cargamento de hidroxyclorequina barata está siendo distribuido, el dióxido de cloro se difunde por redes sociales y la ivermectina es el desayuno favorito. Así transcurren los días entre Internet, pandemia y noticias."

El neblumo descorre su cortina pestilente entre lamentos y escapes de motocicletas. Es una mañana fresca de otro año que se rige por el número de muertos. No bien silencia el despertador de un manotazo, Diego alcanza su teléfono móvil y se apresta a actualizarse.

Suman más de dos millones de muertos por la pandemia y con la variante inglesa (denominada con el críptico B.1.1.7), las oportunidades de negocio abundan.

Ha comprado una remesa de dióxido de cloro con su socio cantonés y está por venderla en el mercado negro a precio de oro. Pero primero debe crear una campaña de credibilidad que facilite una venta rápida y sin riesgos. Para eso contrató a Cassandra, compañera del bachillerato y antigua amante, quien se ha destacado en manipular las redes sociales.

—Hola, Cass. Perdona la hora. ¿Cómo vas con nuestro proyecto?

La mujer se despereza mientras arroja a su novia, que yace semidesnuda a su lado.

—Anoche monté un bulo en Instagram, Twitter y Tik Tok con credenciales falsas, como me pediste —, responde, aclarando la garganta. — Lo de manipular el artículo científico te va a salir más caro, Diego. No quiero exponerme...

–Nada, mujer, tranquila. Tú eres experta y estas noticias emergen todos los días. No seas paranoica.

Refunfuñando, la joven cibernauta se viste en una bata de lino y arroja el celular al sillón contiguo. Su amante se revuelve en la cama y sigue durmiendo.

No obstante, la certidumbre de Diego, él no es quien se arriesga, piensa; y la difusión de que el CBD previene contra la demencia casi le cuesta una persecución policial. Con las noticias falsas hay que tener cuidado. – Nada es inocuo – se dice a sí misma, y sonríe con ironía.

El café empieza a hervir en la Bialetti y Cassandra, que no sabe ya a quien creerle, alinea un gramo de vitamina C, dos cápsulas de cúrcuma con zinc, una cucharada de moringa y su dosis de ivermectina sobre el desayunador. Hace un gesto ritual y las deglute juntas frunciendo la boca por la mezcla repulsiva de sabores.

–Mmmmm – suspira, mientras enciende la pantalla – otro día sin ver la luz del sol.

En otro punto de la ciudad, Beto, que se niega a declararse socio de ese par de incompetentes (como suele repetir), espera un cargamento de hidroxiclороquina barata para negociar con un dependiente de farmacia y distribuir las en los barrios periféricos de la ciudad. La pobreza cala en estas latitudes y ha tenido que recortar sus ganancias después de que la sustancia resultó tan desacreditada.

–Hubiese adquirido el Noni – medita para sus adentros, –ese tiene mejor reputación; lo más cercano a una panacea, ¡coño!

Bajando la ladera aparece Christian, un muchacho negroide, muy delgado y desaliñado, que sirve de contacto. Se saludan con visible disgusto mientras dos rapaces descargan la camioneta con las cajas del medicamento. El intercambio se produce mediante escasas palabras, como corresponde a toda operación subrepticia. Ambos saben que el tesoro está muy cerca: una vacuna falsa que están confeccionando en otro laboratorio clandestino en Salvador de Bahía, y que augura un rendimiento sin precedentes.

Beto esconde las cajas en una bodega adyacente a su tienda de artículos para bicicletas. El lunes próximo comenzará la distribución, una vez que dedique varias horas a difundir las bondades del fármaco por WhatsApp y sus diferentes perfiles en Facebook y Twitter. Pero lo corroe el enfado; esta compra debió hacerse al principio de la pandemia, no ahora que hay tanta competencia.

Ha repasado el tema hasta el cansancio con Diego; lo que necesitan es un vocero, un profesional de la salud que avale estos productos en Internet y, si tiene cierto prestigio, incluso por radio y televisión.

Hace unas semanas contactaron a un médico general que estaba bien dispuesto a servirles de escaparate, pero el acuerdo se cayó cuando averiguaron que tenía varias demandas por abuso sexual entre sus pacientes. Ahora los candidatos son escasos, de modo que tendrán que subir la oferta de sus honorarios.

–Ya no se puede confiar en nadie –, dice Beto entre dientes, al tiempo que enciende un porro de marihuana.

La mañana es calurosa, si bien augura una tormenta estival, de esas que aclaran la mente. Con cierto desgano, decide acudir a una clínica de barriada donde trabaja un médico recién graduado que podría interesarse en el negocio.

Accede al exiguo consultorio y espera su turno, atisbando a su derredor, como ave de presa. La paciente que lo antecede, una mujer andrajosa, de apariencia mortecina y tosiendo ruidosamente, sale sostenida por sus hijos.

–No le queda mucha vida –, piensa Beto y se cubre ostensiblemente la cara con ambas manos.

El médico está enfundado en una bata impecable y lo recibe con seriedad. No puede tener más de veinticinco años, lampiño y de cabello relamido con gomina. Parece un personaje de película muda y, como tal, le ofrece un asiento al malandrín frente al escritorio de metal que alberga un calendario de cartón, su estetoscopio y una libreta con anotaciones. No hay teléfono a la vista y en la pared lateral un cartel anuncia las medidas de higiene harto conocidas.

Beto se acomoda en la silla y sin mediar más preámbulos, interpela al doctor tras calarlo con la mirada ducha de un embaucador.

–Mira, mi doc. Estoy aquí porque necesito tu apoyo para promover una vacuna confeccionada en Brasil.

–¿Qué vacuna es? – pregunta el médico, a todas luces interesado.

–No son d’esas que se te meten en la genética, esas de mensajes, pues... Seguro estás pensando como esa doctora hispana que te van a cambiar de sexo o te van a sacar plumas, ¿qué no?

El joven galeno aguza la vista y muestra su interés incorporándose en su asiento. Está por corregir a su interlocutor, pero prefiere callar y entrecruza los dedos sobre el escritorio. El otro se erige en un tono conspirador, seguro de haber clavado el anzuelo.

—La cosa es así: en las próximas tres a cuatro semanas va a llegar por la frontera un cargamento de vacunas pa'l covit que son bien baratas y seguras. Usté se lleva una corta y lo único que tiene que hacer es colocarlas aquí en la clínica y las droguerías del centro. Nosotros nos ocupamos de proveer las cantidades que vayan requiriendo. ¿Cómo ve? ¿Chévere, no? ¿Se anima? Es buen dinero, mi doc.

El médico pide más detalles y se declara ávido de emprender el negocio, no sin antes asegurarse de que el riesgo es mínimo y que todas las aristas están cubiertas.

Se despiden con un fuerte apretón de manos y una flamante sonrisa que anticipa ganancias suculentas para ambas partes. Beto sale orondo del consultorio, celebrando en silencio su triunfo inesperado.

Transita poca gente por la calle y las nubes parecen cubrir de sombras evanescentes a los dos conspiradores; a la distancia, una mujer añosa se acerca lentamente para solicitar consulta.

Una vez que lo ve alejarse, el doctor Caballero extrae su celular de la bata y marca un número 800.

—Por favor comuníqueme con el agente de la Interpol Dean Samuels, en Aruba; soy su contacto en Sudamérica. Creo que tenemos a la rata por el rabo...

COLUMNS

Fake covid news

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Keywords: COVID-19, VACCINE

"A vaccine is coming across the border, a shipment of cheap hydroxychloroquine is being distributed, chlorine dioxide is spreading through social networks, and ivermectin is the breakfast of choice. So go the days between the Internet, pandemic and news."

The mist peels back its pestilent curtain amidst barking and motorcycle exhaust. It's a cool morning of another year ruled by the death toll. As soon as he silences the alarm clock with a flick of his hand, Diego reaches for his cell phone and prepares himself to get updated.

Over two million people have died from the pandemic and with the English variant (cryptically named B.1.1.7), business opportunities are plentiful.

He has bought a shipment of chlorine dioxide with his Cantonese partner and is about to sell it on the black market at the price of gold. But first he must create a credibility campaign to facilitate a quick and risk-free sale. For that he hired Cassandra, a high school classmate and former lover, who has excelled at manipulating social networks.

"Hi, Cass. Sorry for calling so late. How are you doing with our project?"

The woman wakes up as she tucks in her girlfriend, who lies half-naked beside her.

"Last night I set up a hoax on Instagram, Twitter and Tik Tok with fake credentials, as you asked me to do," she replies, clearing her throat. "Manipulating the scientific article is going to cost you more, Diego. I don't want to expose myself..."

"Don't worry woman. You are an expert and these news emerge every day. Don't be paranoid."

Grumbling, the young cybernaut dresses in a linen robe and tosses the cell phone onto the adjoining couch. Her lover tosses and turns in bed and continues to sleep.

Nevertheless, Diego's certainty, he is not the one taking the risk, she thinks; and the spread that CBD prevents dementia almost cost her a police prosecution. You have to be careful with fake news. "Nothing is harmless", she says to herself, and smiles with irony.

The coffee starts to boil in the Bialetti and Cassandra, who no longer knows who to believe, lines up a gram of vitamin C, two capsules of turmeric with zinc, a spoonful of *moringa* and her dose of ivermectin on the breakfast bar. She makes a ritual gesture and swallows them together, puckering her mouth at the repulsive mixture of flavors.

"Mmmmm," she sighs, as he turns on the screen, "another day without seeing the sunlight."

In another part of the city, Beto, who refuses to declare himself a partner of this pair of incompetents (as he often repeats), is waiting for a shipment of cheap hydroxychloroquine to negotiate with a pharmacy clerk and distribute it in the city's peripheral neighborhoods. Poverty is pervasive in these latitudes and he has had to cut back on his profits after the substance was so discredited.

"I should've bought Noni," he muses to himself, "it has a better reputation; the closest thing to a panacea, dammit!"

Down the hillside appears Christian, a very thin and scruffy black boy, who serves as a contact. They greet each other with visible displeasure as two greedy raptors unload the truck with the boxes of medicine. The exchange takes place with few words, as befits any surreptitious operation. Both know that the treasure is close at hand: a fake vaccine being manufactured in another clandestine laboratory in Salvador de Bahia, which promises an unprecedented return.

Beto hides the boxes in a warehouse adjacent to his bicycle store. Next Monday he will begin distribution, once he spends several hours spreading the goodness of the drug through WhatsApp and his different profiles on Facebook and Twitter. But he is angry; this purchase should have been made at the beginning of the pandemic, not now that there is so much competition.

He has gone over the subject ad nauseam with Diego; what they need is a spokesperson, a health professional to endorse these products on the Internet and, if he or she has some prestige, even on radio and television.

A few weeks ago they contacted a general practitioner who was well disposed to serve as a showcase for them, but the deal fell through when they found out that he had several sexual abuse claims among his patients. Now candidates are scarce, so they will have to up their fee offer.

"You can't trust anyone anymore," Beto mumbles, as he lights up a joint of marijuana.

The morning is hot, although it augurs a summer storm, one of those that clear the mind. With a certain reluctance, he decides to go to a neighborhood clinic where a recently graduated doctor, who might be interested in the business, works.

He enters the meager doctor's office and waits his turn, looking around like a bird of prey. The patient who precedes him, a ragged woman, with a haggard appearance and coughing noisily, comes out, supported by her children.

"She doesn't have much life left," Beto thinks and ostensibly covers his face with both hands.

The doctor is dressed in an impeccable gown and receives him with seriousness. He can't be more than twenty-five years old, clean-shaven and with hair lathered with hair gel. He looks like a character from a silent movie and, as such, he offers a seat to the scoundrel in front of the metal desk that houses a cardboard calendar, his stethoscope and a notebook with notes. There is no telephone in sight and on the side wall a sign announces the well-known hygiene measures.

Beto settles into his chair and, without further ado, interrogates the doctor with the gaze of a trickster.

"Look doc. I'm here because I need your support to promote a vaccine made in Brazil."

"What vaccine is it?" asks the doctor, clearly interested.

"They are not the kind that get into your genetics, with messages. Surely you are thinking like that Hispanic doctor that it's going to change your sex or it will make you queer, right?"

The young doctor sharpens his eyes and shows his interest by sitting up in his seat. He is about to correct the speaker, but prefers to remain silent and intertwines his fingers on the desk. The other one rises in a conspiratorial tone, sure that he has set the bait.

"It's like this: in the next three to four weeks a shipment of cheap and safe vaccines for "the covit" will be arriving through the border.

You take a short one with you and the only thing you have to do is to place them here in the clinic and the drugstores downtown. We take care of supplying the quantities required. What do you think? Cool, isn't it? Are you up for it? It's good money, doc."

The doctor asks for more details and declares himself eager to undertake the business, but not before making sure that the risk is minimal and that all corners are covered.

They say goodbye with a firm handshake and a bright smile that anticipates succulent profits for both parties. Beto leaves the office, silently celebrating his unexpected triumph.

There are few people on the street and the clouds seem to cover the two conspirators with evanescent shadows; in the distance, an elderly woman slowly approaches to ask for a consultation.

Once he sees him walk away, Dr. Caballero pulls his cell phone out of his lab coat and dials an 800 number.

"Please put me through to the Interpol agent Dean Samuels in Aruba; I am his contact in South America. I think we have the rat by the tail...."

COLUNA

Fake Covid news

Alberto Palacios

II Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palavras chaves: COVID-19, VACUNA

"Uma vacina chega pela fronteira, um carregamento de hidroxicloroquina barata está sendo distribuído, o dióxido de cloro é difundido pelas mídias sociais e a ivermectina é o café da manhã predileto. É assim que os dias passam entre a Internet, a pandemia e as notícias."

A névoa fecha sua cortina fedorenta entre latidos e escapamentos de motocicletas. É uma manhã tranquila de outro ano que está regido pelo número de mortos. Apenas silencia o despertador com uma tapa, Diego pega seu telefone e se prepara para se atualizar.

Com mais de dois milhões de pessoas mortas pela pandemia e pela variante inglesa (referida como a enigmática B.1.1.7), as oportunidades de negócio abundam.

Comprou uma remessa de dióxido de cloro com o seu parceiro cantonês e está por vendê-la no mercado negro a um preço de ouro. Mas primeiro é preciso criar uma campanha de credibilidade que facilite uma venda rápida e sem riscos. Por isso ele contratou a Cassandra, uma colega do ensino médio e ex-amante, quem tem se destacado na manipulação das redes sociais.

—Oi, Cass. Desculpe a hora. Como vai com o nosso projeto?

A mulher se espreguiça enquanto acomoda sua namorada, que se encontra deitada e seminua ao lado dela.

- Ontem fiz uma fraude no Instagram, Twitter e Tik Tok com credenciais falsas, como você me pediu-, responde, limpando a garganta. — Manipular o artigo científico vai ser mais caro, Diego. Não quero me expor...

- Nada, mulher, calma. Você é uma especialista e estas notícias surgem todos os dias. Não fique paranóica.

Resmungando, a jovem internauta veste uma bata de linho e joga seu telefone no sofá do lado. Sua amante se mexe na cama e continua dormindo.

No entanto, para a certeza de Diego, não é ele quem se arrisca, pensa; e a difusão do que o CBD evita a demência quase lhe custou uma perseguição policial. Com as notícias falsas tem que se ter cuidado. – Nada é inócuo – ela se diz para si mesma e sorri com ironia.

O café começa a ferver na Bialetti e Cassandra, que não sabe mais em quem acreditar, coloca um grama de vitamina C, duas cápsulas de açafraão com zinco, uma colher de moringa e sua dose de ivermectina em cima da mesa do café da manhã. Faz um gesto ritual e os engole juntos, franzindo a boca com a mistura repulsiva dos sabores.

- Mmmmm – Ela suspira, enquanto liga a tela – mais um dia sem ver a luz do sol.

Em outro ponto da cidade, Beto, que se recusa a se declarar sócio daquela dupla de incompetentes (como costuma repetir), aguarda um carregamento de hidroxicloroquina barata para negociar com um auxiliar de farmácia para distribuí-la nos bairros periféricos da cidade. A pobreza é forte nessas latitudes e ele teve que cortar seus ganhos depois que a substância ficou tão desacreditada.

- Eu teria adquirido Noni – ele medita para si mesmo, - esse tem uma melhor reputação; o mais próximo de uma panaceia, droga!

Descendo a ladeira aparece Christian, um menino preto, magro e desalinhado, que faz contato. Se cumprimentam com desagrado, enquanto dois rapazes desmontam o caminhão com as caixas de medicamento. A troca se produz através de poucas palavras, como convém com qualquer operação sub-reptícia. Os dois sabem que o tesouro está muito próximo: uma vacina falsa que está sendo feita em outro laboratório clandestino em Salvador, na Bahia, e que pressagia um desempenho sem precedentes.

Beto esconde as caixas em um depósito ao lado da sua loja de acessórios para bicicletas. Na próxima segunda-feira começará a distribuição, uma vez esteja dedicando várias horas na difusão dos benefícios dos remédios no WhatsApp e nos perfis do Facebook e Twitter. Mas a raiva o corrói; essa compra deveria ter sido feita no início da pandemia, e não agora que há tanta competência.

Ele tem discutido o assunto com Diego até o cansaço; o que eles precisam é de um porta-voz, um profissional da saúde que endossa esses produtos na Internet, e se tiver certo prestígio, inclusive pela rádio e televisão.

Faz algumas semanas, eles contataram um médico geral que estava disposto a lhes ajudar para exibição, mas o acordo caiu quando descobriram que ele tinha vários processos por abuso sexual entre seus pacientes. Agora os candidatos estão escassos, de maneira que eles terão que aumentar a oferta de seus honorários.

- Já ninguém é de confiança-, diz Beto entre os dentes, e ao mesmo tempo acende um baseado de maconha.

A manhã está quente, embora seja um presságio de uma tempestade de verão, daquelas que limpam a mente. Com uma certa relutância, ele decide ir para uma clínica do bairro onde trabalha um médico recém-formado que poderia se interessar pelo negócio.

Entra no pequeno consultório e aguarda sua vez, vislumbrando ao seu redor, como ave de rapina. A paciente que o precede, uma mulher esfarrapada, de aparência moribunda e tossindo alto, sai amparada pelos filhos.

- Ela não tem muito tempo de vida -, pensa Beto e cobre seu rosto ostensivamente com as duas mãos.

O médico está vestindo um jaleco impecável e o recebe com seriedade. Não pode ter mais de vinte e cinco anos, sem barba e com o cabelo lambido de gel. Ele parece um personagem de um filme mudo e, como tal, oferece uma cadeira para o canalha em frente da mesa de metal que tem um calendário de papelão, seu estetoscópio e um caderno de anotações. Não há telefone à vista e na parede lateral um cartaz que anuncia as medidas de higiene muito conhecidas.

Beto se acomoda na cadeira e sem colocar mais preâmbulos, desafia ao doutor depois de mirá-lo fixamente com o olhar sagaz de um trapaceiro.

- Olha, meu doutor. Estou aqui porque preciso do seu apoio para promover uma vacina elaborada no Brasil.

- Que vacina é essa? – pergunta o médico, claramente interessado.

- Não são essas que mexem com a genética, as das mensagens, pois... Com certeza estas pensando como a doutora hispânica que te vão mudar o sexo ou vão te tirar as penas, ou não?

O jovem médico aguça o olhar e mostra seu interesse ficando à vontade na sua cadeira. Ele está prestes a corrigir seu interlocutor, mas prefere ficar em silêncio e entrelaça os dedos sobre a mesa. O outro se levanta em tom conspiratório, certo de ter acertado o gancho.

- A coisa é assim: nas próximas três a quatro semanas vai chegar pela fronteira um carregamento de vacinas pra covitque são bem baratas e seguras. Você leva uma comissão e a única coisa que tem que fazer é colocá-las aqui na clínica e nas farmácias do centro. Nós cuidamos de fornecer as quantidades que vão sendo necessárias. Que tal? Legal, né? Vai na frente? É um bom dinheiro, meu doutor.

O médico pede mais detalhes e se declara ansioso para empreender o negócio, mas não sem antes ter a certeza de que o risco seja mínimo e que as arestas estejam cobertas.

Eles se despedem com um forte aperto de mãos e um grande sorriso que antecipa ganhos suculentos para as duas partes. Belo sai satisfeito do consultório celebrando seu inesperado triunfo.

Poucas pessoas passam pela rua e as nuvens parecem cobrir de sombras que se desvanecem aos conspiradores, à distância, uma idosa se aproxima lentamente para solicitar uma consulta.

Uma vez o vê, afastando-se, o doutor Caballero tira seu celular da bata e disca o número 800.

Por favor, me comunique com o agente de segurança da Interpol Dean Samuels, em Aruba; sou seu contato para América do Sul. Acho que temos o rato pelo rabo...